

Por cierto que nadie desconocerá la influencia de la religion como elemento conservativo de la democracia. En todos tiempos y para todos los gobiernos ha sido esta una base sagrada, mas en los de democracia, donde no existen privilegios de nacimiento, de riqueza, de poder, que impongan al hombre, impelido al desórden y á la anarquía, ningun otro freno puede contenerle. Un ente democrático ve en todo lo que le rodea los mismos rasgos de debilidad y flaqueza que descubre en sí mismo; no se figura ni la desigualdad establecida por la naturaleza, y cuando mas la admite en lo que le favorece, por aquella disposicion humana á no reconocer sino las cualidades propias; entónces, solo la religion y la moral pueden detenerle en los límites de sus deberes. Dificilmente un hombre virtuoso é ilustrado se subleva cuando no lo dirige una causa justa.

Hé aquí un negocio en que los gobiernos deben ser circunspectos : la impiedad y la irreligion producen ciertamente grandes males. Como se ha dicho tantas veces, hai crímenes para los cuales las leyes son ineficaces, é ineficaz cualquiera vigilancia para prevenirlos. Vemos todavía por desgracia, que algunos mui horrendos, si llegan á disfrazarse con el nombre de crímenes contra el estado, merecen indulgencia y piedad : conviene, pues, inculcar en el corazon del hombre doctrinas que puedan

hacerle odiar todo atentado. Pero de otra parte ¿quién no conoce los excesos á que se entrega un pueblo fanático exaltado, y la dificultad de contenerlo cuando una vez se le alucina? Si entre los dos extremos tuviera que decidirme, no sé en verdad por cuál lo haria.

No hai principios políticos ciertos, repito, en todas épocas y en todas circunstancias. Es tan malo creer que una cosa debe adoptarse porque tal país ó tal gobierno lo ha hecho, como rechazarla por esto mismo. Esa política de *imitacion* es mui dañosa, y por una vez que logre buen éxito, engaña mil. Es raro que dos pueblos se encuentren en situacion tan análoga que lo que se dice del uno sea aplicable con la misma ventaja al otro (1). Juzgar por ejemplo que la federacion conviene en el punto A porque los estados del norte se hallan confederados, es quizá precipitarse. Yo veo que la Francia, la Inglaterra, los Estados-Unidos difieren en puntos que dicen relacion inmediata con el bienestar del pueblo,

(1) On ne voit presque rien de juste et d'injuste qui ne change de qualité en changeant de climat. Trois degrés d'élevation du pôle renversent toute la jurisprudence. Un méridien décide de la vérité. En peu d'années de possession les lois fondamentales changent. Le droit a ses époques. Plaisante justice, qu'une rivière ou une montagne borne. Vérité au-deçà des Pyrénées, erreur au-delà.

(Pascal.)

y sin embargo á cualquiera de esos tres pudiera enviarse.

No concluiré este prólogo sin hacer una observacion importante á mis ojos : hablo de las reformas. Las reformas en lo general destruyen ó á lo ménos alteran en el pueblo, como he dicho ántes, el respeto que se le debe hacer concebir por las leyes; mas hai todavía ciertos cambios delicados y permanentes que pueden comprometer la tranquilidad pública en el seno de la nacion y respecto de los países que la rodean : estos son los que tienen por objeto la forma de gobierno ó algunas de sus principales bases. Las leyes pueden alterarse todos los dias, y hasta las disposiciones que fijan el modo de hacer estos cambios ; pero no es así con instituciones de otra especie. Por esto es preciso conservar gran calma en un exámen semejante, sin dejarse sorprender por racionios que no sean poderosos é incontestables. Es difícil, sin embargo, que en una cuestion tan delicada no se resientan los hombres del cansancio que causan las revoluciones, del espíritu de partido que afecta casi todos los negocios graves, y se lancen en cualquiera reforma por solo el hecho de variar.

Creo que la democracia en el sentido lato y general apenas ha sido conocida en la América del Sur, y que debieran entenderse bien sus principios ántes de empe-

zar otra nueva época : quizá la del engrandecimiento de esa tierra no está mui distante, si hemos de juzgar por la prediccion de sabios estadistas.

Algunas veces se considera tambien como reformas lo que no es sino consecuencia natural del estado social de un pueblo. Figurémonos que despues de una larga serie de trastornos empieza una nacion á establecerse conquistando su quietud y su tranquilidad : principia apenas esa nueva era política, cuando ya se promulgan leyes que tienen por objeto desarraigar antiguas preocupaciones; se toleran los cultos; quiérense abrir toda clase de vias de comunicacion ; hácese tratados, quizá desventajosos solo por parecer en el rango de las otras naciones; se estiende la accion administrativa confiando los poderes á todos los ciudadanos á la vez; se pretende atraer los extranjeros, y quién sabe qué otras cosas mas; pero no se cree lo que es tan cierto, que la paz sola garantiza estos benéficos resultados, pues entónces hai trabajo, tras de él vienen hombres y con estos prosperidad y todas sus ventajas.

Por otra parte, las reformas son relativas y no deben considerarse de un modo absoluto y aislado. Si los hombres ilustrados de América se aplicasen á examinar las circunstancias peculiares de sus respectivos países, sus hábitos, el cambio efectuado en ellos despues de

algunos años, su estado de civilización, el de su industria y su riqueza en general, los medios con que cuenta para su porvenir, y difundiesen el resultado de sus observaciones, la Europa, sin duda, las acogiera, discutiéndolas con provecho para toda esa parte del mundo. Sabemos que tan presto como alguna sección ha dado indicios de estabilidad y consistencia se han ocupado de ella manifestando simpatía é interés.

Por lo demás, no pretendo examinar aquí ese axioma político de que la opinión de la América está decididamente á favor de la democracia, ni el contrario de un escritor americano de ser esta una suposición exajerada. No soi capaz de dilucidar esos principios ni conviene despertar rezelos que no harian, en la dificultad en que se encuentra casi toda la América del Sur, sino añadir una nueva desgracia á los males que hoi afligen á todos sus virtuosos hijos, sirviendo cuando mas de pretesto de revolucion á tantos como los buscan cuando ya se cansasen de proclamar debilidad del gobierno, religion, federación, y tantas otras cosas ridículas con que quieren disfrazar sus crímenes los ambiciosos y trastornadores.

No deseo sino que no se crea que al hacer esta traducción me aluciné como otros con la idea de que conformándose las doctrinas cuyas consecuencias examina el

autor con la mayor parte de las instituciones que hoi rigen casi todas las repúblicas meridionales, podríamos ver aquí el próspero rumbo que ellas seguirian sin reformarlas si es posible.

Acaso se inferirán diversas consecuencias considerando las circunstancias peculiares de aquellos pueblos, diferentes de las de los norte-americanos, su inmensa extensión y escasísimos pobladores, los vicios originarios de su procedencia, las mezquinas ambiciones de tantos de sus hijos, hasta su ardoroso clima, la ignorancia de las masas, etc. etc.

M. de Tocqueville ha logrado dar á sus ideas en esta ciencia una claridad ántes desconocida; reduciendo sus principios á la exactitud matemática despues de haberlos analizado con el método y órden que le son peculiares: pero su gran mérito no necesita de elogio ni yo me propongo hacerlo aquí.

Aquellos, pues, que consideren imposible pensar seriamente en otra cosa para la América, que en la democracia mas pura, deben estudiar los principios de esta obra, y combatir si pueden con ellos las ideas exajeradas de los que creen asequibles otros sistemas.

En cuanto á mí, como hijo amante de una de las mas distinguidas y mas desgraciadas repúblicas de la América del Sur, no he pretendido otra cosa sino el que se

difundan estos principios en toda ella, se examinen y discutan sin pasión. Ojalá que separándose de la pura teoría se apliquen todas á lo positivo, y logren algún día, si no rivalizar con las primeras naciones por su poder y su grandeza como debieran, siquiera asegurar su tranquilidad y su reposo.

ADVERTENCIA.

Los americanos tienen un estado social democrático que les ha sugerido naturalmente ciertas leyes y costumbres políticas.

Este mismo estado social ha hecho nacer entre ellos una multitud de sentimientos y de opiniones que desconocían las antiguas sociedades aristocráticas de Europa, destruyendo ó modificando relaciones que existían ántes, y estableciendo otras nuevas. El aspecto de la sociedad civil no ha cambiado ménos que la fisonomía del mundo político.

De lo primero trata la obra que publiqué hace cinco años acerca de la *Democracia americana*, y el segundo hecho es el que me propongo dilucidar en el presente libro. Estas dos partes no forman, pues, sino una sola obra.

Es preciso, desde luego, que prevenga al lector contra un error que me seria mui perjudicial. Viéndoseme atribuir tantos efectos diversos á la igualdad, podria creerse que yo la considero como la causa única de todo lo que sucede en nuestros dias. Para ello seria necesario suponer que mi plan es demasiado mezquino.

Existen ahora una multitud de opiniones, de sentimientos é inclinaciones que deben su origen á hechos estraños y aun contrarios á la igualdad. Así es, que si tomo por ejemplo á los Estados-Únidos, me será fácil probar que la naturaleza del pais, el origen de sus habitantes, la religion de los primeros fundadores, los conocimientos que han adquirido y sus costumbres anteriores, han ejercido y ejercen, independientemente de la democracia, una influencia inmensa en su modo de pensar y

de sentir. En Europa se encontrarían varias causas, pero distintas tambien del hecho de igualdad, que esplicarian una gran parte de lo que allí pasa.

Reconozco la existencia de todas esas diversas causas y su influencia, pero no es mi objeto hablar de ellas, porque no pretendo dar la razon de todas nuestras inclinaciones é ideas; y quiero solamente hacer ver hasta qué punto la igualdad ha modificado unas y otras.

Acaso se estrañará que, creyendo yo firmemente que la revolucion democrática de que somos testigos es un hecho irresistible contra el cual ni seria prudente ni convendria luchar, dirija con frecuencia en este libro reconvenciones severas á las sociedades democráticas que esta revolucion ha creado. Pero responderé sencillamente que esto depende, no de que sea enemigo de la Democracia, si no de que he querido ser sincero hácia ella.

Los hombres no escuchan la verdad de boca de sus enemigos, y sus amigos se la ofrecen raras veces: hé aquí la razon en que me he fundado para decírsela.

No dudo que habria muchos que se encargasen de anunciar los bienes que la igualdad promete á los hombres; pero tambien creo que mui pocos se atreverian á señalar de léjos los peligros con que ella les amenaza. Hácia estos peligros he dirigido principalmente mi atencion, y creyendo haberlos descubierto con claridad, no he podido decidirme á callarlos.

Espero que se encontrará en esta segunda obra la misma imparcialidad que se ha notado en la primera. Colocado en medio de las opiniones contrarias que nos dividen, he procurado ahogar momentáneamente en mi corazon las simpatías favorables ó los sentimientos opuestos que me inspira cada una de ellas. Si los que leyeren mi libro encontrasen una sola frase cuyo objeto sea lisonjear alguno de los grandes partidos que han agitado nuestro pais, ó alguna de las pequeñas facciones que le inquietan y debilitan, que estos lectores levanten la voz y me acusen.

El asunto que he querido abrazar es inmenso, pues comprende la mayor parte de los sentimien-

tos é ideas que nacen del nuevo estado del mundo. Tal objeto escede indudablemente mis fuerzas, y al tratarlo no estoi yo del todo satisfecho; pero si no he podido lograr el fin que me he propuesto, el lector me hará á lo ménos la justicia de creer que he concebido y seguido mi empresa en la idea de que podia hacerme digno de tener un buen éxito.